



Amalia Pulido

La prueba de Perú

El conteo electoral en Perú ha estado cargado de incertidumbre. El 10 de junio, por la mañana, la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE) reportó una ventaja mínima —que cambiaba constantemente de manos— para el candidato de izquierda Roberto Sánchez, con 50.01% de los votos. La candidata de derecha, Keiko Fujimori, sumaba 49.98%. Apenas 5 mil 813 votos separaban a ambas candidaturas.

El estrecho margen de la contienda confirma una de las premisas básicas de la democracia: cada voto cuenta. Aunque millones de personas acudieron a las urnas, la diferencia entre ganar y perder se decidirá con los votos del exterior. Son pocas las ocasiones en que resulta tan evidente el peso que puede tener una sola boleta. Ante una diferencia tan reducida, la confianza en las autoridades electorales y en las reglas que rigen el proceso se vuelve indispensable para la credibilidad del resultado.

Este proceso electoral ocurre, además, en un contexto de profundo desgaste de la institucionalidad peruana, que ha experimentado un debilitamiento sostenido durante las últimas dos décadas. Sin embargo, el caso de Perú parece desafiar los análisis generalizados sobre los retrocesos democráticos en América Latina: no se trata, en esta ocasión, de una concentración de poder en el Poder Ejecutivo.

El académico peruano Alberto Vergara lo plantea con claridad en una de sus investigaciones, *Peru: The Danger of Powerless Democracy*. La dispersión y fragmentación política, caracterizada por partidos políticos débiles e incapaces de representar intereses sociales de manera sostenida, se ha mantenido como uno de los principales desafíos del país sudamericano. Más que organizaciones consolidadas, predominan plataformas electorales construidas alrededor de liderazgos coyunturales.

En los últimos diez años, Perú ha tenido ocho presidencias y, en la primera vuelta de la elección actual, compitieron 36 candidaturas. Quienes lograron avanzar al balotaje lo hicieron con un respaldo relativamente bajo: Keiko Fujimori obtuvo 17.19% de los votos y Roberto Sánchez 12.04%.

Las cifras reflejan la dificultad para

construir proyectos políticos programáticos y duraderos capaces de articular consensos. También ayudan a explicar el desencanto de amplios sectores de la ciudadanía con los procesos democráticos actuales en el país.

Las consecuencias más visibles han sido una sucesión de gobiernos inestables, sin mayorías legislativas sólidas ni partidos con arraigo suficiente. De manera paradójica, estas mismas características han permitido que la democracia peruana se mantenga en pie. La ausencia de una fuerza política capaz de dominar completamente el sistema ha impedido, hasta ahora, una ruptura definitiva del equilibrio institucional.

La elección entre Roberto Sánchez y Keiko Fujimori se desarrolla precisamente sobre este terreno político. La persona que resulte electa deberá gobernar una sociedad polarizada, con un sistema fragmentado y el regreso al bicameralismo. Su permanencia dependerá de algo más que una victoria electoral: requerirá capacidad para construir acuerdos en un entorno marcado por profundas diferencias políticas.

La principal lección ya es visible. Cuando los partidos políticos dejan de representar a la sociedad y las mayorías se vuelven más difíciles de construir, cada voto adquiere un valor extraordinario.

Los próximos días serán decisivos. El desenlace, además de definir una nueva presidencia de Perú, pondrá a prueba la capacidad del sistema electoral peruano para procesar un resultado cerrado con legitimidad y apego a los valores democráticos. Esta será, quizá, la prueba más importante para la democracia peruana en los últimos años.

Consejera presidenta del IEEM

X: @pulido_amalia

Facebook: amalia.pulido.12